

El encuentro con la otra y el otro: dar y dejarse dar

Elizabeth
Uribe Pinillos

Barcelona, 20 de
diciembre, 1999.

Un buen día se vió bañada en una luz nueva. Era ella, siendo muchas al tiempo. Podríamos decir que ella se desplazaba en el tiempo, recorriendo el siglo.

El siglo era el XX aun cuando las fechas y los espacios variaban. Podría ser el 14, el 36 o el 39 en Europa, podrían ser los 70, 80 ó 90 en alguna parte de África, Asia o de América Latina. Lo que no variaba, eso sí, era lo que le acontecía a ella: salir de donde había nacido y crecido e iniciar el camino del exilio, separarse de la tierra en que vivía, sentir el abandono, tener que irse del lugar propio.

La palabra al uso, patria, no reflejaba lo que acontecía en sus entrañas; lo que sentía estaba vinculado al lugar de lo entrañable, a lo asociado al nacimiento, a lo dado por la madre. ¿Por qué no llamarle, a todo eso evocado, patria?¹

En otras ocasiones fue una guerra, una revolución o una persecución —por razones de lo que llamaban político— lo que la obligó a buscar refugio fuera de su país. Era entonces, una refugiada. Una, entre tantas y tantos miles de criaturas humanas, desplazadas, buscando un sitio donde ser acogidas, amparadas.

Vistió los trajes, los ropajes, pocos en todo caso, de quien es desterrada, expulsada del lugar o territorio en que reside y lo hizo algunas veces por breve tiempo y en otras, por largo. Conoció estas situaciones, las padeció, las vivió entre sus huesos, en su mente, en su alma. Por eso en sus recuerdos escuchaba las palabras de otra mujer que como ella también fue exiliada y durante un buen tiempo apátrida. Esta mujer, Hannah Arendt, en su libro *Los orígenes del totalitarismo*, al reflexionar sobre las guerras y sus secuelas, decía:

“Las guerras civiles que surgieron y se desarrollaron a lo largo de 20 años de inquieta paz no sólo fueron más sangrientas y crueles que todas las que las precedieron, sino que se vieron seguidas de migraciones de grupos que, a diferencia de sus más afortunados predecesores de las guerras de religión, no fueron bien recibidos en parte alguna ni pudieron ser asimilados en ningún lugar. Una vez que abandonaron su

país quedaron sin abrigo; una vez que abandonaron su Estado se tomaron apátridas; una vez que se vieron privados de sus derechos humanos carecieron de derechos y se convirtieron en la escoria de la tierra”.²

A medida que transcurría el siglo, los matices de estas figuras se confundían en una palabra, en un nombre que reduciendo, mostraba el nuevo sinsentido del mundo que la rodeaba. Era en general “un inmigrante”, ni siquiera se la nombraba considerando lo evidente: era mujer... sólo hasta hace poco se la llamó “Una inmigrante”.

Para ella todo entonces entraba en otra dimensión del tiempo: la eternidad de los instantes, el instante que podía durar toda una vida humana. Lo que más le perturbaba e inquietaba era sentir que casi

todo parecía venir y ser dirigido desde fuera. Casi nada parecía estar en sus manos, en una inquietud que naciera de ella. Y aprendió a apurar el día a día. Ya no eran los tiempos ni la época donde podía soñar como antaño; era la realidad, la absoluta de la inmediata realidad, la que frente a ella, cara a cara y día a día, le imponía todo. Debía, tenía que estar despierta y solamente despierta “con los ojos abiertos”³, en vigilia. Era la vigilia y el no soñar, su constante compañía.

Podría reconocer, confesarlo hoy, ¿por qué no? que alguna de esas veces ya se había ido de su lugar de origen aun residiéndolo y habitándolo. El haber soñado con tiempos diferentes y lugares utópicos la habían exiliado ya en el fondo de su corazón. Descubrió, eso sí, una diferencia. Ahí podía sentirse al mismo tiempo semejante, siendo singular, única. Además podía olvidar cualquier cosa porque ya estaba en ella y en ese lugar del abandono porque era “su hogar, su casa propia”.

Comenzó entonces a recorrer tiempos y espacios diversos, distintos que, en contraste con los de su lugar de origen, impactándola, le chocaban. Y fue perdiendo unas cosas y ganando otras. Y fue perdiéndose, perdiéndose a veces ella misma, para encontrarse de nuevo.

¿Con qué cargó su maleta cuando se fue? ¿Con qué la fue llenando en los vericuetos de lo que se convirtió, su vida? Es bueno que ella, hiciera a estas alturas, un beneficio de inventario.



¹ Recojo esta manera de nombrar surgida de reflexiones y debates en el IV Encuentro feminista latinoamericano y del Caribe, en uno de sus talleres. Participaron entre otras, mujeres latinoamericanas y algunas europeas, (Taxco, 1987). En entrevista concedida por María Zambrano a Pilar Treña en televisión Española, año 1989, veo que ella también la usa.

² Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Tomo II, imperialismo, Alianza editorial, Madrid, 1987, 393.

³ Uso el título de una entrevista realizada a Margarite Yourcenar.

Depende, podría contestar. En el destierro, en el ser refugiada, en el exilio y en la migración, una se apeaba con cosas distintas o por lo menos así lo veía, lo creía, lo representaba.

En todas estas situaciones descubrió que, al salir del lugar de donde había nacido, la forma de convivencia basada en el Estado-nación que se habían dado unos y ahora era casi universal, la convertía en extranjera. Esa forma de convivencia trazaba unas fronteras que se desplazaban de un momento a otro en la historia a veces por la fuerza de las armas, bien de los acuerdos, de las normas o de las leyes y se imponían a la larga después por la fuerza de la costumbre. Pero no sólo era extranjera, era también una extraña, una desconocida y ellos, ellas menos —la verdad sea dicha— lo eran también para ella. Extraños, desconocidos, extrañas, desconocidas que le recordaban lo que era y también lo que podía ser o contenía dentro de sí misma.

Al pasar de un sitio a otro cambiaban las lenguas, las maneras, las formas de hacer las cosas. Lo que a ella le parecía tan normal, ya no lo era. Incluso ocurría cuando siendo europea se desplazaba a otra parte de ella y eso lo hizo las primeras décadas del siglo hasta la mitad del mismo y más adelante en los 80 y los 90. Su experiencia, en cada una de las figuras que encarnó siendo mujer, era distinta a la que narraban, sentían, vivían los hombres.

Pero ella, mujer sensata en casi todas las circunstancias que le había tocado vivir, se decía "guarda tus primeras impresiones, son sólo eso, primeras. Espera a ver con más calma, con más paciencia". Y ella bien sabía, para eso era sabia mujer que "al tiempo, había que darle tiempo". Lo sabía siendo europea, africana o asiática. Lo sabía allende los mares y más allá de los tiempos. Lo sabía siendo mediterránea o americana.

¡Cuántos kilómetros había recorrido ella! ¡Cuántas lenguas maternas había aprendido y cuántas veces parecía que ella, precisamente ella, no tuviera ni lengua ni historia! ¡Sí, qué manía esa! ¡Tener que demostrar al llegar, haciendo méritos, que se era digna de confianza! Confianza, la que ella había ido perdiendo. Poco a poco, en el transcurso de los años, fue perdiendo parte de sus antiguos asideros, los soportes que la sostenían. Sí, independientemente de que migres del campo a la ciudad, del sur al norte, con trabajo en casa o fuera de ella, con profesión o sin ella, había que escuchar a Esquilo cuando por boca de Danao aconsejaba a sus hijas, las Danaides en la tragedia antigua:

"Mas vale (...) hijas mías que os sentéis sobre este túmulo consagrado a los dioses de una ciudad: en mayor medida que una muralla, un altar es un escudo infranqueable. Daos prisa y, con vuestros ramos de guiraldas, atributos de Zeus Suplicante, piadosamente sostenidos con el brazo izquierdo, responded a los

extranjeros en términos suplicantes, gimientes y afligidos, tal como conviene a recién llegados, diciéndoles claramente que vuestro exilio no está manchado de sangre. Que ninguna confianza sostenga vuestra voz, que ningún descaro sobre vuestros rostros de frente modesta se deslice hasta vuestra mirada reflexiva. Finalmente, no toméis la palabra demasiado pronto ni la conservéis demasiado tiempo: la gente de aquí es irritable. Tenéis que saber ceder; eres una extranjera, una exiliada en pleno desamparo: un lenguaje excesivamente confiado no conviene los débiles".⁴

El silencio, las riquezas del lenguaje

Su lenguaje dejó de ser tan sólo de palabras: el silencio, en más de una oportunidad, la acompañó. El fracaso del lenguaje de la palabra, le enseñó a valorar otros que antes, teniéndolos y utilizándolos, no era consciente de su presencia, de su peso. Lenguaje de los gestos, las miradas, los movimientos más diminutos e imperceptibles. Cultivó talentos que ya traía. Se volvió casi pitonisa y adivina porque aguzó el oído, la escucha y aprendió a sentir el verdadero latir de los corazones. Sus ojos ya no sólo veían, ahora también miraban. Era como si poseyera la capacidad de mirar del águila y el lince. Incluso captaba con unos y otros sentidos hasta el caminar y el danzar de las hormigas. Pero ya eso ella lo sabía, se lo habían enseñado sus antepasadas, las más cercanas en África, las de Asia, las de América con sus culturas milenarias o las mujeres del medioevo, aquellas llamadas brujas, perseguidas también como ella. Era el misterio, lo misterioso que envuelve y rodea en buena medida a las mujeres. Era el nexo con el misterio y con lo sagrado. Después, cuando años más tarde parecía lo había olvidado, perdido como bien suyo, se lo enseñaron, convertido el misterio en razón e instrumento, envuelto en celofán de técnicas de comunicación, ella que de tripas y entrañas las sentía en el aire, en las energías que circulaban en el entramado de los ambientes y relaciones humanas. Lo sabía también, al ocuparse como lo había hecho milenariamente, de las criaturas vivientes y de lo que las rodea: el planeta entero. Hablaba con las piedras, las escuchaba, lloraba con ellas. O leía, como algunas, los secretos que las caracolas del mar deparaban al futuro, pero ella... parecía no tener en aquel entonces ni pasado ni futuro. Tenía presente, un presente absoluto, con aire e ínfulas de eterno.

Al principio fue difícil y duro. Aunque no entendía sus lenguajes, su lengua, sus maneras, sus formas, intuía algo. Y el encontrarse con ese otro, con esa otra, la puso en guardia y la ensimismó un tiempo. Se reconoció en la diferencia, en el ser vista más que en el poder mirar libre, nítidamente. Debía bajar la mirada si no lo había hecho antes y si ya lo hacía, continuar bajándola. A veces se ofendían algunos si miraba

⁴ Julia Kristeva, *Extranjera para nosotros mismos*, Plaz y Janés, Barcelona, 1991, págs. 58 a 60.



tranquila, serena, desparpajadamente como miran lo/as niño/as; los suyos y los otros, le decían altanera. Cuando lucía su pañuelo, la llamaban algunos y algunas que la veían como ellos "bárbara, atrasada". Sentía como si le quisieran quitar lo suyo, su confianza, aquello en que creía, aquello que para ella daba sentido a su existir.

Pensó, quizás mejor encerrarse y no salir. En otras

oportunidades, se lanzó a buscar faena. En muchas circunstancias, llegó a no saber qué hacer. Si se vestía como le decían que había que vestir, los suyos la consideraban una desarraigada y la miraban con sospecha, con desconfianza, pretendiendo desde ellos arrancarle el ser y pertenecer al grupo, intentando incluso borrarle ser oriunda de donde era. Como si eso lo pudieran solamente acreditar otros y no lo que tú sentías. Si no hacía lo que lo se le sugería: era una desadaptada.

Hubiera querido en ocasiones oscilar entre el mantenerse como era, aislándose o el "volverse" como tocaba para intentar pasar desapercibida, cansada de tantas miradas puestas sobre ella que no eran necesariamente las de un habituarse a ella; aunque la verdad, si se lo preguntaran, lo que hubiera preferido era que la dejaran ser, ser ella, ser a su aire. Todo dependía, eso sí, de cómo la trataran. Como le pasa a todo el mundo. Si la presionaban mucho, se cerraba, se plegaba en sus diferencias; si la trataban con indiferencia, era un negarla; si la rechazaban, la excluían en exceso de reconocerla como distinta no pudiendo acogerla; si la acogían, acogía y era, claro que era.

Distancias, cercanías

Y entonces, descubrió con tristeza que lo que entre ella y los otros estaba, con demasiada frecuencia para su gusto, era la fuerza en todas sus formas... a veces, le invocaban la fuerza de la costumbre, en otras ocasiones, la de la ley, en otras, la palabra cuando el pensamiento en su aspereza no ha lugar al sentimiento. En medio de, casi siempre, la fuerza de quienes por alguna razón incomprensible para ella pretendían "imponer" sus maneras, sintiera lo que sintiera, creyera lo que creyera, padeciera lo que padeciera. Otros pretendían saber lo que ella necesitaba. Ella era conside-

rada, más de lo que le hubiera gustado ser, una menor de edad. Ella, que quería y deseaba que al centro irradiando estuviera el amor, la palabra que comprende y abre al diálogo, acogiendo, no la podía tener para ella en muchas relaciones.

Aprendió que sus maneras de tratar y criar a las criaturas también diferían. No eran, ella así lo veía, ni mejores ni peores, eran distintas. Y sufría, pero sus padeceres quedaban, creía ella, en ella. ¡Qué ilusa! Salían por todas partes, a borbotones como una herida que no dejaba de sangrar. Se le escapaban en suspiros, en la tristeza y desolación de su mirada, en el rictus de sus labios, en las arrugas de expresión, en la dureza que fue adueñándose de su rostro.

Avanzado el siglo, cuando era asiática, africana—magrebí o de más abajo del Sáhara—le hablaban con palabras que le sonaban violentas y contrarias a su manera de ser. Que tenía que ser igual a los hombres de su país no porque así lo quisiera, bien sabía ella sus costumbres, sino porque así eran las normas. Que debía ser autónoma cuando ella se vivía en relación. La verdad es que a ella, la justicia, las razones le importaban pero pensaba que había algo más. Ella que en todos sus tratos, desplazamientos de afectos intentaba considerar y tratar a cada uno y cada una, en sí mismo, en sí misma. Su ser mujer no estaba puesto en eso que, aprendió después, era la noción individual de la persona. De donde ella, ellas provenían, el convivir tenía unas pautas que se las había enseñado su madre y después su comunidad, y pare de contar. Y ahora resultaba que todo eso debía ir al traste. No porque ella considerara que no debía cambiar, adaptarse. Bastante lo había hecho, lo estaba haciendo ¿pero y a qué horas, con qué tiempo? ¿quién mide los tiempos para una cambiar? ¿Alguien sabía lo que significaba la presión de lo de afuera y la presión de lo de adentro, de lo que había sido toda tu crianza y educación? ¿dejar lo suyo y tomar lo nuevo, para qué? Y, ¿a cambio de qué, si su estructura de personalidad no estaba lista ni preparada para ello? Y si quien eso le pedía, le tocara lo mismo ¿quizás lo comprendería? ¿Acaso ella sería, podría llegar a ser una más, entre ellos? ¿La considerarían si hacía esos cambios, semejante/diferente a ellos, cuando le pedían unos papeles y unas acreditaciones para siquiera entrar en su territorio? Cuando hablaba de su cosmovisión, de lo que estaba más allá, abrían los ojos con sorpresa y la juzgaban o muchas veces la incluían como parte de un todo y poco la veían a ella. Pertenecía a un colectivo y desde ahí se la juzgaba, antes de tratarla. Después supo las palabras para ello: prejuicio—juicio antes de—y cuando de rasgos, imágenes, creencias se trataba, estereotipo. Lo que ella llamaba religión ordenaba, estructuraba y daba sentido a su estar en el mundo. Y, ahora y aquí, eso, estaba relegado sólo a los domin-

gos, a las fiestas de guardar como si una pudiera guardar a su Dios y sacarlo de paseo, sólo por un momento y en unos días. Se dio cuenta que, en ocasiones, ella también hacía como ellos; lo que pasaba era que su opinión era la de los débiles, la de quienes no cuentan. Quedaba para ella y entre los suyos. Su cosmovisión regulaba su existir porque la hacía sentirse parte del universo, del planeta, de la tierra, prójima de animales, plantas y criaturas. Bien lo nombrara como Mahoma, Budá, Yemayá, el nombre importa poco, cuando lo esencial, se da. Y lo divino está siempre. Otra mujer, exiliada como ella se lo había enseñado:

"Una cultura depende de la calidad de sus dioses, de la configuración que lo divino haya tomado frente al hombre, de la relación declarada y de la encubierta, de todo lo que permite se haga en su nombre y, aún más, de la contienda posible entre el hombre, su adorador, y esa realidad; de la exigencia y de la gracia que el alma humana a través de la imagen divina se otorga a sí misma."⁵

Y seguía batallando, pese y con el transcurrir del tiempo. Y fue descubriendo cuál era el Dios de esta cultura y de esta época. Pasó, estando en Europa, de ser yugoeslava en la época de Tito a ser Bosnia-Herzegovina, croata y serbia, y tuvo que ver cómo sus vecinas amigas y ella, dejaron de ser una y otra cosa. Atónita, observó el derrumbe, cual castillo de naipes, de una cosa que parecía tan sólida—creía ella—como un Estado.

Y así, en medio de la muerte, el llanto, la desolación, descubrió cómo es que se hacen las fronteras. Desde dentro de las criaturas y de ahí, se dibujan, se proyectan y se representan hacia fuera. Lo había visto en el cine y había ido a la fuente de donde surgía el guión de "El Paciente inglés":

"Deseo que todo eso esté inscrito en mi cuerpo, cuando muera. Creo en semejante cartografía: las inscripciones de la naturaleza y no las simples etiquetas que nos ponemos en un mapa, como los nombres de los hombres y las mujeres ricos en ciertos edificios. Somos historias comunales, libros comunales. No pertenecemos a nadie ni somos monógamos en nuestros gustos y experiencia. Lo único que yo deseaba era caminar por una tierra sin mapas".⁶

Sí, esa frontera que forjamos cuando la confianza no ha lugar y se coloca como protección frente al miedo a ese otro, a esa otra. Aprendió que sin un papel, ella era para algunos como inexistente... Después, cuando en los nuevos lugares que al principio le abrían sus puertas, ellas eran abiertas para tratarla como huésped, aquél o aquella que se sabe cuándo habrá de, o debería, irse. Y supo después, con sabor amargo en su boca, que sus saberes, estudios, conocimientos debe-

rían ponerse a prueba para ser reconocidos. Tanto si conducía un coche en su país como si iba a pie. Que sus necesidades eran interpretadas por otros con sus medidas, las de ellos, con sus raseros que hacían caso omiso de los suyos. Y recordó entonces cómo antaño, a ella, le habían enseñado una cosa: acoger a los de afuera. Quizás todo, todo eso, en ese mundo que se había transformado, dejaba de tener valor y sentido. Estaba en otro contexto, en otro lugar. A casi nadie parecía ya importarle el dolor del prójimo, y eso de compadecerse con el/la otro/a, ni soñarlo. La pasión de la compasión hacía tiempo había debido huir en un mundo donde "el tiempo es oro". Eso, le dijeron, era la modernidad tardía: correr, agitarse y estar fuera de sí.

Recordó entonces que, cuando española, salió de su país y muchas gentes la acogieron. Unos creían en la república, otros en el socialismo. Algunos creían en Dios y, los envolvía la compresión y la piedad y quizás por eso sabían encontrar los tratos y modos de entenderse con cada una de las maneras múltiples de la realidad. Otros, en ese trasegar la acogieron en nombre de una idea como la solidaridad e invocaron luchas y acciones compartidas y fueron solidarios. Pero poco a poco dejó de sentirse, de vivirse. Al ser alemana, de la antigua república democrática, la solidaridad era un principio de la acción, la habían educado en ella. Y atónita descubrió que, para ser tratada como diferente, no acogida, a veces no bastaba serlo en apariencia sino en lo que se quisiera situar y significar como tal. Ella había escuchado que esto ocurría cuando la gente era de otro tono de piel, de otro origen, de otro lugar, de otra cultura. En cambio ella y los suyos, si bien durante mucho tiempo se los intentó dizque defender de un modelo que les negaba derechos en el terreno de la libertad política, y sintieron esa palabra como el principio que los guiaba, después se sintió como una carga, como un lastre. Y aunque no emigró físicamente sí cambió su estatus, su lugar y escuchó bromas y chistes respecto a ella y a mujeres de otros países como las turcas. Y fue viendo cómo, a medida que pasaba el calendario, en un proceso lento pero certero, los sentimientos se reemplazaron por ideas y valores como la justicia y la cooperación y los proyectos solidarios. Y si bien, quizás ello, le podía parecer hasta necesario, también es verdad que era insuficiente y percibía que, sin querer, se cambiaba todo ello para ponerse acorde con un modelo: el que hoy prima. Donde el dinero y no las criaturas, están al centro de él.

La confianza, el dar, el dejarse dar

Y, obstinada, siguió perseverando. Percibió entonces que, en el trato diario con ella, quienes se habían convertido en sus amigas, la conocían mejor. Ella a ellas, también. Que unas y otras se preguntaban, se aclaraban a sí mismas y que lo que ellas tenían, cada una, era visto como una riqueza a intercambiar. Que

5 María Zambrano, *El hombre y lo divino*, Brevarios, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1993, 27

6 Michael Ondaatje, *El paciente inglés*, Plaza y Janés, Barcelona, 1997, 285.

se daban. Fue viendo cómo sus amigas, con sólo mirarla podían intuir qué le pasaba. Aprendieron ellas y ella, a distinguirse hasta de la voz, los tonos de orígenes tan diversos y acentos tan variados; aprendieron a sentir más que a descubrir el sentimiento que las invadía en cada instante en que hablaban, personal o telefónicamente; a leer en ojos de tan distante proceder.

Y esto sucedió a partir de las cosas que les hablaban a las unas y a las otras, de sí mismas. Se intercambiaron vestidos, recetas de cocina, se enseñaron códigos y claves de sus modos y maneras de ser. Ellas eran la fuente de la que se bebía para saber. Ellas eran la fuente primaria de acceso a dichos secretos guardados, a disposición de quien quisiera conocerlos. De tanto oírse y hablarse supieron las palabras y el sentido de las mismas. Lo que significaba y representaba para cada una y lo que era importante. ¿Por qué se repetía tanto una palabra? ¿Qué quería decir aquello? ¿Qué era aquel parpadeo que, en general era esto, pero que, en ella, en cada una de ellas, podía ser otra cosa? Aprendió más geografía que cuando fue a la escuela y a la universidad. Era geografía viviente que le decía, con viva voz, los productos con que se hacía tal o cual plato dependiendo del clima, de la zona, la altitud, etc. Enriqueció los relatos que de pequeña había escuchado de su abuela, de su madre o de las lecturas hechas. Se sumergió, se zambulleron en los universos de cada una, distinta. Se dieron y se dejaron dar, le dieron "tiempo al tiempo". No fue programado, "sucedio pero no por casualidad".⁷

⁷ Sigo aquí la manera de nombrar las mujeres de la librería de Milán, *El final del patriarcado*.

Conflictos, necesidades y cambios en el mutuo reconocimiento

Esto que ella cuenta parece un lecho pero no fue de rosas. Porque para poder dar y dejarse dar, en un encuentro hay que estar dispuesta a encarar el conflicto cuando se presente y ello precisa de unas condiciones previas. La primera, que la comunicación vuelva a fluir, circular pues lo que un conflicto corta e interrumpe es la relación, la comunicación. Ello implica que cuando éste aparezca, reconocerlo como tal y no descalificar a la otra o verla como aquella que no funciona, ni responde, o quien tiene comportamientos patológicos o la menos "desarrollada". Y así la comunicación se abre, esa comunicación que aunque parezca pasar fundamentalmente por las palabras tiene más lenguajes de los que ella antes mencionó y conecta con las creencias de la otra, del otro, de aquello que le da sentido en lo más íntimo y profundo de su ser. Si cada una reconoce a la otra como su semejante/diferente, el encuentro profundo se realiza y se disipan malentendidos que hacen a cada una, fantasma de sí, realidad fantástica, inventada frente a la otra. No era ella o la otra, sino la representación que de la otra se tenía, se inventaba. En el proceso de conocer la realidad, en la manera como la realidad le llega a cada una, se omite, se distorsiona y se generaliza. Primero, porque no se puede verlo todo y porque se les había enseñado a mirar, de una determinada manera, según lugar de origen, su biografía y sus experiencias. Segundo, porque siempre cada una distorsiona, describe, relata con lo que ella aporta de sí y aquí juega, interviene la imaginación, la recreación de la realidad, útil para el arte, la literatura y la vida misma, pero no deja de ser una distorsión. Y tercero, porque es a partir de una experiencia, cuando impacta, que se tiende a generalizar para aprender de ella y extraer una lección, pero no siempre se puede hacer así. El hecho es que se educa a algunas y en una época como la que se vive, en una manera de abstracción que ha dejado olvidado sus orígenes, las raíces, las fuentes de donde procede esa generalización, la experiencia original.

Pero... no bastaba que se hubieran reconocido unas a otras como semejantes/diferentes. Como segunda condición previa para entrar en fase de encarar el conflicto era, cada una reconocer la necesidad de la otra para afrontar, resolverlo porque había podido en ese proceso acercarse a su manera de ver la realidad, comunicar con su universo. En ese momento, quizás se podía entrar en la fase de negociación y/o mediación, si era el caso, cuando otra, se constituía en una tercera que, se colocaba, "en medio de", dos en conflicto.

El querer, el deseo de cada una

Y aquí cada una fue aprendiendo a dar palabras a lo que quería en cada situación y momento concreto. Qué difícil era verse a una e indagar lo que realmente

quería. El visualizar los obstáculos, las dificultades, el poder saber ella primero y después otras, si había alcanzado, logrado o no, ese deseo y saber luego cómo se sentiría al lograrlo. En ese proceso, saber qué se ganaba y se perdía, es decir qué daba, a cambio de qué, valorando lo que estaba en juego y si valía la pena intentarlo o no, sabiendo de las dificultades, cuáles dependían de ella, de cada una, cuáles no y cuáles dependían de otras, de otros. Es decir aprendió a pasar del "ocio" al "negocio" en un mercado más grande que el del dinero pues era el mercado de la vida, el lugar donde constantemente intercambiamos sentido, bienes y recursos humanos. Un mercado, como dicen algunas mujeres, al que día a día vamos con lo que somos y no sólo con lo que tenemos⁸. Se volvió inmensamente rica, llena de posibilidades que se tornaban realidades. Recuperó confianza en lo que ella sentía, creía, veía. Se conectó de nuevo con todo su ser, no tenía miedo, temor a decir lo que pensaba. Era la confianza que se revela, surge por la palabra como mediación, el lenguaje del amor, de la comprensión era ese "en medio de" que se ponía entre muchas de ellas. La confianza que surge de la comprensión, del sentir que la otra te ve, cuenta contigo, eres importante para ella. Cuando una y otra, reconociendo el ser talentos diferentes, distintos considera no que es mejor que la otra o que tiene o aspira a poder más que la otra, se da, acaece un intercambiar riquezas: el más que la una da a la otra, lo que es, se da en un proceso de cesión mutua.

Era lo humano en sus medidas femeninas lo que se ponía en juego. No eran vistos los intercambios como posesiones de dinero, de estudios, de actitudes, habilidades, maneras de ser pues lo que es, es y se ponía en un mercado no para dominar sino para intercambiar. Dos que aquí se ceden mutuamente esos bienes, que mueven su posición y lugar en el conflicto sin que sea únicamente el interés personal, individual el que predomina sino el intercambio de esos bienes a disposición de dos o de más en relación, para una manera de estar en el mundo que hace posible el actuar juntas, en relación en el mundo. Y aquí entonces dos se concedían mutuamente y cada una salía más enriquecida y/o con otra visión, diferente a la suya o con un talento que ya había podido acoger de otras, en su manera de ir por el mundo cuando se le ha dado tiempo al tiempo.

Descubría que se com-padecían con ella, en la dinámica de cambio que ella como oruguita estaba viviendo porque además ellas también estaban viviendo su pequeño cambio, una modificación de sí. No era sólo ella, la que padecía. Las otras también se hacían cargo de ello y vivían lo suyo y cada una reconocía ese proceso de, un estar antiguo y un pasar a esa nueva manera de ser. De una pertenencia, a un abandono y de un poder prepararse para que en el vacío hecho, acogiera aquellas nuevas creencias que pudieran sembrar ideas, hijas de la duda y el vacío.

Acoger el misterio en una, en relación con la otra

La una acogía el misterio de la otra, se dejaba impregnar de él, no pretendía ser quien tenía la llave de la Caja de Pandora con secretos y vicisitudes incluidas. Y acogía el misterio de la otra porque reconocía, cada una en la relación con la otra, que el misterio que una evocaba en la otra les hacía de espejo revelador. Era el propio misterio que cada criatura, en este caso ella, tenía. Y esa otra, la una para la otra, abría ese vacío, mostraba esa herida con la que se trasega, con temor. El misterio es lo desconocido, es esa que nos acecha y está ahí pero se mantiene oculta, sombría. Y da miedo porque nos convoca a modificación de una misma, a desmontar el entramado que en muchos años hemos ido construyendo en duras pruebas de la vida, para protegernos y que ya nos es cómoda porque lo deja todo tal cual y porque quizás algunas no puedan arriesgar a tanta modificación de sí, si no saben hacia dónde se va y con qué. Porque nos lleva a las dudas y nos mina certezas. Porque la razón sabe que ella no es ni está sola y que por momentos pierde el control de nuestro ser, y eso, le atemoriza.

Porque el fondo último de nuestro ser, necesita en qué sostenerse y él, no está constituido sólo por la razón sino también por las entrañas y las creencias que configuran confianza, abandono, olvido. Y la sola vigilia agota pues somos también criaturas del ensueño, del soñar, del dejarse.

Cuando esa posibilidad se pierde y eso se muestra, se revela al encontrarse con personas de otros orígenes y otras culturas —en la migración— quienes agudamente viven tal situación, la interculturalidad manifiesta esa tensión. Y si bien esto lo comparten dos, significa para una de ellas, la que llega, haber dejado lo propio y con ello, la posibilidad de poder abandonarse, de poder olvidar, de ensoñarse.

Es como si se pasa por un segundo nacimiento, por demás imposible, porque se nace sólo una vez y de y con la madre y aunque todas y todos seguimos naciendo, este seguir naciendo fuera del lugar de lo propio, que ya nos exiliamos del universo, significa, pretender alejar la huella del nacimiento que es toda esa obra de civilización femenina de traer al mundo el mundo con la lengua materna y el cuidado de las relaciones, de lo viviente y no viviente. Esa obra de civilización cambia de contexto y su sentido, al cambiar de escenario humano, donde la convención, el arbitrio que se impone, la ha alejado de su origen no puede desplegar de la misma manera que lo hace en su lugar inicial. Lo que las fronteras interiores y exteriores configuran en cada situación de manera diferente pero excesiva es un "yo" que se cierra a la confianza en la relación. Recuperar ese fluir de un dar y dejarse dar, en la humanidad semejante y plural constituida por mujeres y hombres, significa reconocer un mundo común compartido en donde las maneras de vivirlo, de verlo pasan básicamente por dos experiencias, mujeres y hombres, vividas de múltiples maneras en escenarios humanos diversos.

8 Librería de Mujeres de Milán, *El final del Patriarcado*, Proleg, Barcelona, 1997.